



LUNES o MARTES

Cuentos y bosquejos

**VIRGINIA
WOOLF**

Título original: MONDAY OR TUESDAY
VIRGINIA WOOLF

Published by Leonard & Virginia Woolf at The Hogarth Press,
Hogarth House, Richmond. 1921

Traducción y prólogo: ADO (Antonio Díaz Oliva) 2017

LUNES O MARTES, CUENTOS Y BOSQUEJOS
VIRGINIA WOOLF

© Virginia Woolf

© de la edición digital: Editorial Sonora

© de la edición impresa: Editorial Sonora

Sonora Ediciones es un sello editorial del grupo
ebooks Patagonia

@neonediciones

www.neonediciones.com

Rafael Cañas 16, Of. D, Providencia
Santiago de Chile

ISBN impreso: 978-956-9967-03-0

ISBN digital: 978-956-9967-06-1

Primera edición, marzo 2018

Traducción: Antonio Díaz Oliva

Edición: María Paz Rodríguez

Arte de portada: Catherine Trigo

Le agradecemos que haya comprado una edición original de este libro. Al hacerlo, apoya al editor, estimulando la creatividad y permitiendo que más libros sean producidos y que estén al alcance de un público mayor.

La reproducción total o parcial de este libro queda prohibida, salvo que se cuente con la autorización por escrito de los titulares de los derechos.

UNA SOCIEDAD
(FRAGMENTO)

Así sucedió. Éramos seis o siete las que esa tarde tomábamos té. Algunas miraban, a través de las ventanas, la vitrina de una tienda de modistas donde la luz aún alumbraba plumas escarlatas y zapatillas con hebillas doradas. Otras construían despreocupadamente torres y figuras con terrones de azúcar. Pero luego de un rato, así por lo menos lo recuerdo, nos sentamos cerca del fuego y comenzamos lo de siempre: a alabar a los hombres. Qué fuertes, qué nobles, qué brillantes y valientes; cómo envidiábamos a aquellos que por las buenas o por las malas conseguían *algo* en vida, hasta que en un momento Poli, quien no había dicho nada, se puso a llorar. Debo confesar que Poli siempre ha sido un poco excéntrica. Para empezar, su padre era, digamos, especial. De él heredó una fortuna con la condición de que Poli leyera

todos los libros de la Biblioteca de Londres. La intentábamos consolar; pero en nuestros corazones sabíamos que todo era banal. Porque aunque nos caía bien, la verdad es que Poli no era demasiado agraciada; siempre caminando con los cordones desamarrados y probablemente pensando que, si bien también alababa a los hombres, ninguno de ellos querría casarse con una mujer como ella. Entonces se secó las lágrimas con un pañuelo. Le preguntamos qué sucedía. Habló. Por un momento no entendimos a qué se refería. Pero para nuestra sorpresa todo coincidió. Como lo sospechábamos, nos dijo que pasaba casi todos sus días en la Biblioteca de Londres. Había comenzado, nos dijo, con la literatura inglesa disponible en el primer piso; y que de a poco se acercaba a los estantes con literatura contemporánea. Ahora que llevaba la mitad de su tarea cumplida, o tal vez solo un cuarto la verdad, algo terrible sucedió. Ya no podía leer más. Porque los libros no eran lo que pensábamos. «Los libros», nos dijo sollozando y se levantó y habló con una intensidad desolada que nunca olvidaré, «¡son malísimos!»

Por supuesto le dijimos que no era así. Que Shakespeare escribió libros, y que Milton y

Shelley también.

«Sí, ya sé», nos interrumpió. «Todas ustedes han sido educadas. Pero no son miembros de la Biblioteca de Londres». Aquí sus sollozos comenzaron de nuevo. De a poco, mientras se recuperaba, abrió uno de los libros que siempre llevaba consigo: *Desde la ventana o En el jardín* o algún título por el estilo, y escrito por un tipo con nombre Benton o Henson o algo así. Leyó las primeras páginas. Escuchamos en silencio. «Ya, pero ese no es un buen libro», alguna de nosotras reclamó. Así que se escogió otro. Esta vez era de historia, aunque ya olvidé el nombre del autor. Nuestra inquietud fue creciendo a la vez que Poli leía. Ni una palabra parecía contener un poco de verdad y además la prosa era pésima.

«¡Poesía!, ¡poesía!», gritamos impacientemente. «¡Mejor lee algo de poesía!» Pero no tengo palabras para describir la desolación que cayó sobre nosotras cuando Poli abrió un librito y recitó esas estúpidas insinuaciones sentimentales.

«Tal vez lo escribió una mujer», comentó una de nosotras. Pero no. Poli aclaró que había

sido un hombre joven, uno de los poetas más famosos de aquel tiempo. Imagínate cómo nos sentimos al escuchar eso. Y aunque lloramos y le pedimos que por favor no nos leyera más, Poli continuó. Solo cuando hubo terminado, Jane, la más vieja y sabia de todas, se puso de pie y dijo que no estaba del todo convencida.

«¿Pero por qué?», preguntó, «¿por qué si un hombre puede escribir semejante mierda una madre debe pasar su juventud criándolo?»

Nos quedamos en silencio; y, en medio de ese silencio, de vez en cuando se escuchaban los sollozos de Poli. «No lo entiendo», dijo. «¿Por qué mi padre me enseñó a leer?»

Clorinda fue la primera en entender el problema. «Es nuestra culpa», dijo. «Todas sabemos leer. Pero ninguna, a excepción de Poli, se ha puesto *realmente* a leer. Yo, por ejemplo, daba por sentado que era un deber de la mujer pasar la vida criando hijos. De hecho admiraba a mi propia madre por criar diez niños; y aún más, a mi abuela por criar quince; y hasta hace poco, debo confesar, mi meta era criar veinte hijos. Y todos estos años creía que los hombres eran igualmente trabajadores que una, y que

sus obras y logros tenían el mismo valor que los de una. Porque mientras nosotras criamos hijos, ellos –así lo asumíamos– “criaban” libros. Hemos poblado el mundo. Y ellos lo han civilizado. Pero ahora que sabemos leer, ¿qué nos detiene de juzgar el estado de las cosas? Antes de traer otro niño a este mundo, primero debemos preguntarnos en qué consiste vivir en esta época».

Así es cómo iniciamos una sociedad que buscaba cuestionarlo todo. Una de nosotras visitaría a un veterano de guerra; otra, se escondería en el estudio de un respetado académico; una participaría en una reunión de importantes hombres de negocios; todo esto mientras siguiéramos leyendo libros, visitando exposiciones, escuchando música, manteniendo nuestros ojos abiertos mientras camináramos por las calles y formuláramos constantes preguntas. Y bueno, éramos jóvenes. Se puede apreciar la ingenuidad de nuestra misión en el hecho de que al despedirnos esa noche, acordamos que nuestras metas serían ayudar a que se formaran buenas personas y a que se escribieran buenos libros. Me imagino que en el fondo, queríamos entender por qué

era tan fácil para un hombre obtener aquello y por qué era tan difícil para una mujer conseguir lo mismo. Y por eso juramos que no tendríamos hijos hasta hallar respuestas satisfactorias.